

rodilla, escribiendo despacio, pensando lo que iba a hacer. D. Leoncio y D. Manuel eran ejemplares en el arte de la fórmula magistral, según pude observar más de cuatro veces. La cartera, de uso permanente, era indispensable para el médico, por las recetas y por ser la única cosa en que podía apoyarse para escribir. No le era necesario llevar papeles en ninguna otra parte, pero la cartera iba siempre repleta y a pesar de ser fuerte se deterioraba tanto, que exigía recambios frecuentes.

Tampoco podía prescindir del bastón que adornaba su figura y no solía ni para recetar, entrándosele entre las piernas, si se sentaba, o en el sobaco, si lo hacía de pie. «De estas cucharadas, decía D. Manuel mostrando en alto la receta que había escrito con gran lentitud, al pie de la cama del enfermo, rodeado de la familia en el mayor silencio, le dais una cada dos horas y si no se rehace vais a decírmelo a la hora de comer y yo vendré esta tarde: son para levantar el ánimo».

La vieja, al ir a que le despacharan la receta, preguntaba qué les parecía y al ver el carbonato amónico le decían: «se conoce que está muy decaído».

—¡Ay! sí, señor, está hecho una tierra, yo entiendo que no tenemos a nadie; hágame la mitad, por si acaso, y a ver si Dios quiere que con ello se le levante eso que dice D. Manuel».

ENFERMO AGRADECIDO TENIA D. Vicente Moraleda la comida puesta, cuando llamaron bruscamente a la puerta.

Llevaban a un hombre montado en un borrico.

—Llévate la cazuela y que lo suban, gruñó D. Vicente, dirigiéndose a la Adriana.

Se lo acercaron en silletica la reina, lo arregló, le puso una venda de una caja que tenía, porque nadie llevaba nada y se salieron alabando las manos benditas del albéitar, pero sin decir ni gracias.

Cuando iban por el patio, D. Vicente, desde el corredor, le voceó diciendo: ¡Vaya Vd. con Dios, y muchas gracias!

El enfermo, mirando hacia arriba, replicó muy contento: «No hay de qué, D. Vicente».

OJO CLINICO FUE Román con la mula del cementerio a que la viera D. Vicente.

—¿Qué te pasa?

—Esta, que no está buena.

—Dale unos paseos. Tráela pa cá; ¿qué le has dado a la mula?

—¡Yooo!

Si. Y tú, ¿qué has bebido?

—Un yasete.

—Pues la mula tiene una borrachera fenomenal. Llévatela, sino quieres que te dé con el bastón.

Román estuvo alabando siempre el ojo de D. Vicente, porque era verdad que le había dado vino, por si estaba **refrió**; pero no se **esterminaba** a decirlo.

EL AOJO LA oración de la «Coja la Cutimaña» para el ojo no era única. Otras que también tienen gracia y cuyo nombre no puede revelarse, para que no la pierdan, la dicen de la siguiente manera:

Se hace la señal de la Cruz. Se pregunta el nombre del niño y se repite doce veces: «Jesús y María» agregando: «dos te han aojado, tres te han de sanar, la Virgen María y la Santísima Trinidad. Si lo tienes en la cabeza, Santa Elena; si lo tienes en la frente, San Vicente; si lo tienes en los ojos, San Ambrosio; si lo tienes en la boca, Santa Polonia; si lo tienes en las manos, San Urbano; si lo tienes en el cuerpo, dulcísimo Sacramento; si lo tienes en los pies, San Andrés con sus ángeles treinta y tres. Se repi-